

Jorge Bustos

Asombro y desencanto

Dos viajes por Castilla y Francia

Dos viajes

Hay momentos en la vida en que experimentamos la necesidad de detenernos y partir. Quizá para conocer, como Ismael, la parte acuática del mundo. O para regresar a la casa donde aguarda la fiel esposa. O incluso para salir al mundo cruel a deshacer sus entuertos. La literatura ha expresado ese anhelo universal de autenticidad —una sed de cosas concretas— a través de héroes como Ulises y de antihéroes como don Quijote. Y su lección no es el éxito o el fracaso de la aventura, sino la necesidad de la aventura misma. Lo de menos es el regreso a Ítaca o las tres salidas por los campos de Montiel: lo que importa es el viaje.

Nunca viajamos para evadirnos de la realidad sino más bien para recobrarla. Cuando sienten que están perdiendo el gusto de la novedad, cuando sospechan que llevan demasiado tiempo respirando el aire viciado de la rutina, los hombres cuerdos se ponen en camino para proteger su cordura. A Josep Pla le bastaban el paisaje del Ampurdán y un honesto bistec o unos delicados salmónes para conjurar la asechanza de la metafísica, el trastorno de lo ininteligible. Pero incluso alguien tan refractario a las debilidades de la especulación psicoló-

gica sentía la necesidad de salir de viaje —sin aventurarse muy lejos del Mediterráneo, que es el sinónimo de la civilización— cuando las macizas paredes de su masía se le caían encima. El vitalismo de Chesterton, en cambio, no está reñido con la fantasía. Para Chesterton, de hecho, solo se vuelve loco aquel que ha prescindido de todo salvo de la razón. Fijaos en los niños, argumenta. Su sagrada dedicación al juego proclama una salud mental a prueba de desengaños que envidian los mismos adultos que consideran a los niños seres irracionales.

La imaginación desbordante del niño mientras juega no opera por sustitución de lo real sino por transformación, por adición y ampliación. Cuando Pla traza un severo distingo entre literatura de observación —la suya— y literatura de imaginación —los cuentos y las novelas de los narradores—, ni siquiera está siendo justo con su propio talento, porque cualquier lector sagaz de sus vívidas descripciones advierte el laborioso trabajo de imaginación de su quijotesco empeño: el de retratar lo que se ve sin que resulte tópico, y por tanto opaco. Encontrar el adjetivo plástico o la comparación novedosa, jugar con el sujeto y el predicado sin que se note el artificio exige exactamente la clase de fantasía que solo brota de una mirada disciplinada por la amorosa atención a las cosas mismas. El que obedece al tópico cuando opina o escribe es el verdadero alienado, en política como en literatura. La muerte de la realidad es la muerte de la imaginación, y es entonces cuando sobrevienen la ceguera, la depresión y el dogmatismo.

Para Cervantes, la divisoria entre demencia y sensatez parece clara de partida: la primera viene encarnada por la figura ascética y enjuta de un hidalgo declamatorio

con el cerebro fundido por la mala literatura; el buen juicio lo representa un campesino glotón y achaparrado que habla en refranes y no conoce otros preceptos que los dictados por la estricta biología. Pero conforme avanza el libro asistimos a la metamorfosis de la pareja protagonista, a la maceración de sus personalidades complejas, a la contaminación recíproca por el roce de la vida y de la amistad hasta que sus papeles llegan a invertirse en el clímax final. Cervantes quiere decirnos que la frontera humana entre razón y locura es porosa, que la arrogancia de pretender delimitarla condenará al hombre de voluntad reformista a la melancolía y que todo lo que cabe llevarse de este valle de lágrimas son los buenos momentos disfrutados en leal compañía.

El sentido de la realidad no se hereda: se conquista. Y a un alto precio. Bien lo supo Alonso Quijano, a quien la lucidez le costó la vida. Para llegar a saber quién era tuvo que recorrer muchas leguas de camino, tuvo que sufrir los violentos desmentidos con que la realidad española del siglo xvii castigó sus figuraciones. Viajó asombrado por un mundo que le arrebatava de indignación y alguna vez de complacencia. Ese asombro equivale a la curiosidad de los niños, que conquistan el mundo cada día, porque el asombro es la primera condición del conocimiento. Los niños ofenden con la misma facilidad con que se ofenden porque se toman el mundo en serio. Los niños son ingeniosos como nuestro hidalgo porque tienen la mirada adecuada, mezcla de intransigencia y negociación. De admiración y reserva. La mirada desautomatizada del viajero. Si como dijo Weber nuestro mundo está desencantado sin remisión, y tampoco el mandato evangélico de ser como niños parece hacedero,

quizá saliendo de nuestra habitación de cada día —quizá dando un portazo— encontremos un asombroso remedio para la vista cansada.

En el verano de 2015 mi periódico me envió al lugar de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes. Se conmemoraba el cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote*. De modo que tomé la ruta de Azorín, a quien su periódico había enviado al mismo sitio para celebrar el tercer centenario de la publicación de la primera parte. Fui publicando por entregas un diario de aquel periplo manchego que me terminó de convencer de lo que ya sospechaba: que la esencia del periodismo —si es que oficio tan rudimentario puede tener esencias— es el periodismo de viaje. Otros, quizá con alguna pompa, lo llaman reporterismo. En cualquier caso se trata de andar, ver y contar. Siempre se trató de eso.

En el verano de 2019, cuatro años después, descubrí Francia. Se ha escrito del *Quijote* que es el libro que mató a una nación. Una nación que aún dominaba el mundo, y que quizá lo dominaba sin haber aprendido antes a dominarse a sí misma. Al abortar su ilusión, al descalificar la validez de la epopeya y reemplazarla por el realismo pancista, Cervantes habría ahogado a España casi en su misma cuna imperial. Desde Francia, rival secular de España, no se dejó de alentar esta interpretación de la desmesura española, recreada en forma inmortal por su hijo más lúcido. Ser francés, por el contrario, es dar en todo la medida precisa —racional— de lo humano, sin incurrir en exceso ni defecto. Al menos este es el ideal que cultiva un francés persuadido del destino

manifiesto de Francia y su cultura en el concierto mundial de las naciones. Y sin embargo la deuda de la literatura francesa con el *Quijote* es incalculable. Flaubert no pudo concebir a Bouvard y Pécuchet sin don Quijote y Sancho, y ese arquetipo del poeta nacional que fue Victor Hugo reivindicó la corriente subterránea de lágrimas que circula bajo las obvias sonrisas de una novela de humor. A juicio de Hugo, el Caballero de la Triste Figura es un claro precursor del héroe romántico.

Madariaga, un concienzudo apóstol de la existencia de los caracteres colectivos, asegura que el genio nacional de España consiste en el predominio de la pasión, mientras que el de Francia equivale al imperio de la razón. No arriesgó mucho en el aserto, y quizá por eso mismo suene más verdadero que otros tantos que desliza en su apología de los temperamentos de las naciones. Decir que los españoles son apasionados y que los franceses son cartesianos es exponerse a que el tonto de guardia levante la mano y jure que él conoce a un señor de Murcia entregado a la fenomenología del espíritu, y que asimismo tiene un amigo en Toulouse muy dado a hablar alto y a saltar de cama en cama. Ya se sabe que la especie del tonto no pertenece a ningún país en concreto, sino que está uniformemente distribuida por todas las latitudes del planeta. De mi experiencia personal, consignada en este libro, puedo decir que las diferencias generales entre lo español y lo francés existen, que son visibles y descriptibles, y que se deben a circunstancias geográficas e históricas perfectamente trazables de cuyo cotejo podemos extraer no pocas enseñanzas, cierta cura de humildad y hasta algún placer despiadado.

Este libro cuenta, por tanto, dos viajes enfrentados. Viajé primero al lugar de La Mancha, por donde tuve la ambigua sensación de que no pasan los siglos y de que han pasado de golpe, estropeando no una postal de la consejería de turismo sino el manantial literario de la nación. Y años después, con La Mancha en la retina —y en el corazón—, viajé a Francia: de la baja Aquitania hasta Normandía pasando por Bretaña, demorándome en París y regresando por la orilla señorial del Loira. Me tienta definir la aventura como un choque constante entre paradigmas opuestos: el casticismo y la ilustración, el hidalgo y el libertino, la austeridad Habsburgo y la coquetería Valois, el caballero andante y la doncella mártir, el dédalo árabe y el compás clasicista, el ardor mesetario y la templanza bretona, el corral de comedias y la ópera versallesca, el loco que se creyó Amadís y el loco que se creyó Napoleón, el museo de quijotes de El Toboso y la feria de selfis del Louvre, las iglesias quemadas por milicianos y las iglesias expoliadas por jacobinos, el curado manchego y el cremoso camembert, el honrado valdepeñas y el majestuoso burdeos. Hubo momentos en Francia en que creí reconocer las antípodas categóricas de cada norma o gusto vigentes en mi patria. Y hubo momentos también en que tuve que confesarme honestamente que no veía la diferencia.

A mi discreto lector debo pues subrogar las conclusiones definitivas. Todas salvo una, que espero compartirá conmigo: para que la realidad nos salve de la locura, primero tendremos que dejarnos ofender por ella. A esa profunda ofensa a nuestros prejuicios —a ese limpio retorno a la infancia del asombro— lo llamamos, propiamente, viajar.

Navarredonda de Gredos, agosto de 2020

Honda es Castilla

Ancha es Castilla, pero sobre todo es honda. Sobre la estepa rubia, interrumpida por una geometría verde de viñedos y olivares, planea un cielo infinito: el cobalto prometedor de todos los junios. Arriba la estela de un avión se desmigaja en grumos parecidos a cabezas de coliflor, y entre penachos de gasa las nubes más cuajadas toman una cualidad tridimensional, como si condujésemos bajo un fresco abovedado de Luca Giordano. Nada salvo el fluir de las rayas discontinuas por la carretera ocurre entre el techo y el suelo de La Mancha. Hasta la chillona modernidad de los molinos eléctricos necesita el viento para mostrar vida, movimiento, historia en marcha; pero sus aspas comparecen tan quietas como todo lo demás. Si el Espíritu sopla donde quiere, en Castilla y en verano desde luego no ha querido.

En un paisaje así sucede que el tiempo se represa. Porque el tiempo, como saben los novelistas, no se percibe sin su huella en el espacio. Los minutos toman cuerpo, se adensan y gravitan hasta abrir una brecha magnética por la que se precipitan las angustias coyunturales del viajero. La Mancha engorda la conciencia del conductor,

ahondándola, de modo que comienza a dejar tras de sí un surco invisible. Es un peso nuevo con el que carga, el peso del tiempo castellano, que a veces puede hacerse tan plomizo que obliga al viajero a detenerse del todo, aunque no quiera. A detenerse incluso en un siglo anterior. A esta sensación de gravidez temporal se refería quizá Unamuno cuando acuñó el concepto de intrahistoria.

Este viajero se propone parar a finales del siglo XVI y principios del XVII. Por ahí andaré. Marcará mi camino un empeño quijotesco: seguir los pasos del doliente hidalgo en su andadura castellana, entre la ruta que reformuló Azorín y el itinerario turístico que astutamente propone la administración autonómica.

A Azorín lo ficha *El Imparcial* y al poco tiempo su director, Ortega Munilla —padre del filósofo—, lo manda a recorrer pluma en mano los escenarios de la novela de cuya publicación se cumplían entonces trescientos años. La España de Azorín no había cambiado demasiado respecto de la de Cervantes, de modo que Ortega le dio ánimos, instrucciones y un pequeño revólver: «Va usted a viajar solo por campos y montañas. En todo viaje hay una legua de mal camino. Y ahí tiene ese chisme por lo que pueda tronar».

Ahora *El Mundo* lo manda a uno —que cuenta los mismos treinta y dos años que contaba Azorín cuando se puso en ruta— a repetir la aventura cuando se cumplen cuatro siglos de la publicación de la segunda parte del *Quijote*. Pero a uno, que evidentemente no es Azorín, nadie le ha dado un revólver, ni pequeño ni grande, sino una cámara de media tonelada que más que intimidar a posibles asaltantes sospecho que los atraería como

el cuarzo a las urracas. Yo la balanceo en todo caso con fiera expresión, decidido a demostrar que el impacto de un teleobjetivo sobre el cráneo puede ser tan doloroso como el de una botella de vodka. Pero no hará falta probar su dureza, porque por las aldeas que fatigó la triste figura del héroe no merodean turbas de yangüeses ni cuerdas de galeotes, sino enjambres de japoneses con cámaras mejores que la mía. Y las ventas en que el ilustre loco veló sus armas o se repuso de un mojicón hoy ofrecen wifi gratis.

Japoneses en Puerto Lápice

Esta *road movie* cervantina ha de arrancar en Puerto Lápice, «donde no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero», escribe el novelista. Y en efecto, este municipio de Ciudad Real está a una hora y cuarto de Madrid por autopista y emboca el camino hacia Andalucía desde que aquí acampaban las legiones. Su negocio siempre fue el hospedaje, y sus ventas tenían toda la buena fama que podía tener un establecimiento de rústico jaez, frecuentado por borrachos pendencieros y «mujeres de partido» como las que el buen loco confundió con damas de corte, aptas para testimoniar la ceremonia ridícula en que es armado caballero.

Nuestro héroe llega a Puerto Lápice el día después de ser batido por aspas de molino y no brazos de gigante. Se hospedó idealmente en la venta que hoy publicita orgullosa aquel hecho ficticio, pero nosotros queremos creer y creemos que sí, que fue esta misma en que nos

sentamos a almorzar. En realidad su construcción data del siglo XVIII y ha sido remozada hace bien poco, lo que procura una fusión encantadora de evocación y confort. Una decoración compuesta de aperos de labranza y carromato desvencijado convive con aspersores de agua vaporizada que refrescan al comensal como en la terraza más chic del barrio de Salamanca.

Tan encantador es el lugar que de la nada surge una súbita floración de japoneses perfectamente militarizados; en cuestión de segundos han fotografiado cada rincón, comprado los suvenires más característicos y ocupado toda una ringlera de mesas dispuestas para el almuerzo. Un quijote de metal con los brazos abiertos preside el patio, pero los japoneses curiosamente no lo eligen para sus selfis sino que se fotografían junto a unos cántaros con plantas que están en la otra esquina. De esa preferencia por lo decorativo y floral frente a lo animado y humano podemos colegir todo un paradigma de cultura. A diferencia de los caucásicos, los japoneses no discriminan por sexos a la hora de ir al baño en grupo: van juntos tanto ellas como ellos, sin que falte un alto en el camino de ida o de vuelta para coleccionar un par de prescindibles fotillos de añadidura. Hacen fotos antes y después de ir al baño, y se agradece que no las hagan también durante.

Pido la carta, pese a que la horda de nipones gregarios haya arruinado mi viaje temporal. En el comedor, montado bajo unos soportales de piedra para aprovechar su humedad, hay además de orientales un par de matrimonios con niños, un señor canoso con pinta de catedrático de Románicas y una pareja de la Guardia Civil. Elijo duelos y quebrantos, media botella de valdepeñas y pan

candeal. Este plato tan sonoro, que conformaba el menú sabatino de nuestro hidalgo, consiste en un revuelto de chorizo y panceta que quebranta definitivamente la renta de voluntariosas horas de gimnasio y hace duelo por el cuidado de toda línea abdominal; pero mi deber es identificarme en lo posible con los modos del siglo XVII. Entonces la esperanza de vida no llegaba a los cuarenta y la mayoría social era analfabeta, pero el que sabía leer componía sonetos hablando. Salgo de la venta no armado del todo caballero, pero al menos con las botas puestas.

Mientras me alejo de aquel lugar literalmente mítico, fundado por la imaginación aunque dedicado al vientre, medito sobre la estampa que dejo atrás. Uno no es tan esnob como para deplorar que recuas de turistas ágrafos acudan a La Mancha atraídos por la fama del *Quijote* sin haberlo leído; más bien me pregunto cuántos libros se publican en nuestros días capaces de convocar a la escena de sus argumentos, dentro de cuatro siglos, a una veintena de japoneses —seguida de una docena de colombianos— un miércoles cualquiera de junio. Quién está escribiendo esa novela ahora mismo, decidme quién. O al menos un libro que dure diez años, como pedía Connolly. En cuanto a los que sí hemos leído el *Quijote* —no como un deber ominoso, no como una escarapela de erudición, sino como un alucinógeno de cuyos efectos habíamos oído maravillas que no confirmamos hasta que lo probamos—, nos queda el respeto sacral que sentimos cuando reparamos en que por aquí pasó no don Quijote sino Miguel de Cervantes, el soldado y el recau-

dador que aquí durmió y fabuló, el miserable resignado al póstumo galardón y el genio ambicioso que del desierto menos literario del mundo supo extraer el oasis más visitado de la historia de la literatura.

Todo es cervantino en Puerto Lápice y a Cervantes debe este pueblo su oficio y su beneficio, y su acabado aspecto, que financian los turistas en goteo constante. Hay una reproducción de don Quijote a la puerta de la carnicería, por ejemplo. Es el tótem de España, del idioma español y del género de la novela; pero es también el ídolo propiciatorio local que llena las arcas de la tribu. La venta tenía una silueta del caballero a la puerta, otra en el patio, dos más de buen tamaño en el museo anejo —que guarda ediciones delicadamente ilustradas del libro— y seguramente me dejó alguna más. De los retrovisores de los seat tuneados aquí no cuelga un elvis sino un señor con armadura.

Una primorosa plaza porticada de dos alturas, pintada en un burdeos que llaman almagre, señala el centro de la vida municipal hoy como ayer, cuando ejercía de corral de comedias. De hecho recuerda mucho al de Almagro, si no fuera porque el de Almagro está cerrado a la calle y este se integra en la plaza sin solución de continuidad arquitectónica. En uno de los bares de la plaza dos parroquianos de tez quemada por el sol comentan atónitos las imágenes de una riada que da el telediario. El asombro no se debe tanto a los destrozos causados como a la propia visión del agua; el agua, en el corazón seco de La Mancha, es tan escandalosa como una sesión de *tuppersex* en el convento de las trinitarias donde reposan los huesos del genio inmortal, según nos tiene jurado el ayuntamiento.